



MARTÍN GIMÉNEZ VECINA

Nidos de golondrina

No hace mucho tiempo tuve que ir a una casa de las afueras, y en los huecos de las ventanas superiores de la fachada, comprobé que había nidos de barro en las esquinas interiores. La curiosidad me impelió a ir al piso de arriba, abrir aquella ventana y contemplar más de cerca esa obra de las aves. Estaba íntegro, y en su interior quedaban hierbas secas y plumas; era un nido vacío de golondrina, aunque aun se oía a ella. Seguí contemplándolo y comenzaron a desfilar por mi mente evocadora, muchos pasajes de la infancia, muchos destellos de otros momentos, que no por haber pasado dejan de ser elemento de meditación y síntesis.

Se fueron esas laboriosas y amadasavecillas, con el fin del verano y el comienzo del otoño. Emigraron, como siempre, en un viaje largo de distancias y de tiempo, con el equipaje de sus plumas de color negro azulado en la cabeza, en las alas y en la cola, con dos características manchas rojizas en la frente, y otra mayor en la garganta. Como tarjeta testimonial de convivencia entre los hombres, se dejaron sus nidos en los resquicios de algún balcón o ventana de casa abandonadas, cercanos a algún punto de agua donde encontrar los insectos voladores, -su único alimento-, que capturan mediante un perfecto e incansable vuelo realizado a baja altura. Se fueron esos pájaros de armónica belleza, dejándonos en el aire sus familiares trinos que aún parecen repercutir en nuestros oídos como cantinela dulce del tiempo cálido. Volverán otra vez cuando la primavera se anuncie, y llenarán nuevamente de alegría y luz nuestros sentidos.

Marcaron siempre respeto y paz en nuestra vida de niños; por aquel concepto, transmitido secularmente de que fuesen respetadas, ya que habían sido quienes "quitaban las espinas de la frente de Cristo". ¡Hermosa creencia!, aunque sea fruto de la bendita imaginación de alguien que creaba armonía, paz y amor. Creencia que anidó seriamente y de forma inmediata en cada uno de nosotros porque, en nuestra infantil ignorancia, armados de tirachinas, nos dedicábamos al intento de la caza de gorriones u otrasavecillas similares, sin mucho éxito. Pero jamás disparamos nuestros chinazos sobre las golondrinas; y si alguno de la pandilla, equivocadamente lo hacía, era completamente amonestado por todos los demás, con esa rudeza y vivacidad propia de los cor-

tos años.

Por aquellos parajes de la Granja, junto al Canal de María Cristina, en los quijeros del río, avizorando las ramas de los chopos y álamos, intentábamos convertirnos en cazadores. Pero solo conseguíamos algún que otro resbalón hacia las aguas de ese canal drenador de las lagunas de El Palo, con la posterior reprimenda de nuestras madres cuando llegábamos enfangados y oliendo a cieno. Y casi siempre, las chinas lanzadas pasaban a corta distancia de lo que intentábamos "cazar"; íasí como si los gorriones estuvieran esperando a ser derribados de la rama por los componentes de safari tan singular!. La verdad es que no caían nunca en nuestras arterias acciones, y nos íbamos comentando toda esa fantasía que surge del convencimiento inocente de conformidad por diversas y variadas causas, entre las que no incluíamos la procedente: que los pájaros sabían más que nosotros, y que no estaban esperando a ser derriba-

dos de su rama, donde reposaban oteando, ojo avizor, el panorama. Por otra parte, las golondrinas nunca serán abatidas en las ramas de un árbol, porque difícilmente se posan en ellas.

De cualquier modo, manera o circunstancia, esta especie de aves se encuentra en regresión en todo el continente europeo, y más específicamente en nuestro país, no obstante seguir siendo respetada por el hombre; pero la emigración rural, los cambios agrícolas, y todo ese cambio climático que venimos observando,

hace que descienda el crecimiento de golondrinas. Ha descendido el censo de ganado caballar, y, por tanto, las construcciones de su alojo, que eran lugar muy apetecido por este pájaro eminentemente gregario y convencial con otros seres pacíficos; los sitios preferidos para anidar están relacionados con el ambiente rural, en el interior de algún edificio como establos, graneros y pajares. También en las vigas que forman los revoltones de las casas de campo antiguas, bajo los balcones, y a veces en los sitios más increíbles, como el cordón de una bombilla colgando.

Sigue fijo en mi retina aquel nido de golondrina que vi en la ventana; y persiste en mi ánimo, el meloso recuerdo de esos tiempos de fantasía infantil que se llevó el aire de la vida. Quizá para poder decir, con el romanticismo perenne que siempre queda en el alma, aquella preciosa poesía de Bécquer: "*Volverán las oscuras golondrinas.....*".

